



Oscura monótona sangre, de Sergio Olguín

por Jesús Ugarte Vázquez

Hay algo atractivo en las historias de personas exitosas que por algún motivo se sumergen en abismos tan profundos con el riesgo de perderlo todo. Las razones pueden ser muchas pero casi siempre coincide con la insatisfacción de haber formado un camino bajo las pautas que tienen una forma limitada de ver el éxito, la felicidad y el confort. La vida que creemos despreocupada, alejada de la violencia y la miseria, asoma de pronto una de sus caras más amargas: la monotonía.

Oscura monótona sangre de Sergio Olguín, novela ganadora del V Premio Tusquets de Novela 2009, nos cuenta la historia de Julio Andrada, empresario exitoso de Buenos Aires, dueño de una fábrica, ejemplo a seguir de muchos, pues, emergió de una situación precaria hasta convertirse en un hombre respetado. Un personaje que representa las cualidades del American way of life, padre de familia, con el único objetivo de escapar de la pobreza que alguna vez vivió. Una máquina productivista, un ejemplar del capitalismo. A pesar de todo esto, el deseo desatará en Andrada una versión desconocida para él pero que, a pesar de significar un riesgo, le dará un nuevo propósito a su vida. La obra acompaña al protagonista en una transición moral que comienza con una irrefutable posición de prestigio, hasta caer en la tentación de una situación comprometedor.

Olguín critica al hombre modelo. Lo baja del pedestal en el que lo posiciona el statu quo y le otorga esa complejidad natural y realista que se debate en su interior. En este caso Daiana, una prostituta menor de edad, será capaz de convertir los días de Andrada en una obsesión constante de lujuria que se condimenta con la emoción que provoca una doble vida, la clandestinidad de sus acciones y el resguardo de su reputación.

El autor juega con los espacios donde cada uno de los personajes está dividido por una condición socioeconómica distinta. Se trata de un encuentro entre la marginalidad y la centralidad urbana. Daiana pertenece a los barrios pobres de Buenos Aires mientras que Andrada ha dejado atrás sus pasos por esos lares. Sin embargo, siente atracción por esas calles que le recuerdan su origen, como si viendo ese contraste pudiera reafirmar cada día su ascenso a un estrato social superior. La joven, en cambio, víctima de un contexto precario, se gana la vida despertando el deseo y las fantasías de los hombres. Olguín retrata una realidad de Buenos Aires, la prostitución infantil.

Se vuelve interesante la forma en que dos mundos distintos intentan transgredir sus diferencias. El ejercicio infructuoso de compartir una forma distinta de vida, de mantener un secreto insostenible, de comprar voluntades y pasar por encima de quien se atreve a impedir esa unión impulsada por el deseo de un hombre acos-



tumbrado a que todo esté coordinado a su favor. La dicotomía de sus acciones es apenas sostenida por su habilidad para resolver, de manera parcial, su aventura.

El libro abre con un epígrafe contundente, en cuyos versos de Salvatore Quasimodo podemos intuir la fragilidad del personaje "Nunca sabré nada de mi vida, / oscura monótona sangre.// No sabré a quién amaba, a quién amo". Andrada escaló hasta convertirse en un ser admirado y sin embargo, no ha logrado amar a nadie. La tragedia se encuentra en el hecho de que su vida ha transcurrido sin algo que verdaderamente pueda conmoverlo. El cree encontrar en Daiana la salvación, el remedio, la salida a esa vida que no le ha traído satisfacciones. A pesar de que ha cumplido con todo lo que el sistema dicta que debe hacerse, el protagonista es un ser vacío que está dispuesto a perder todo lo que ha construido. Daiana sustituye a Florencia, hija que no comparte vínculos significativos con Andrada y que solo se limita a hablar de temas que rehúyen la verdadera cercanía con su padre. El protagonista se encuentra en una posición en la que busca ser necesario para alguien, no solo en el sentido económico sino afectivo. En este sentido, existe una relación paternal con la joven prostituta, casi incestuosa, que entremezcla el erotismo y la paternidad fracasada de Andrada. En este juego de sustituciones podemos ver la pérdida real de lazos afectivos con su familia pues, a pesar de que los roles familiares cumplen con lo que se espera que sean, resultan insuficientes.

El ritmo de la obra es ágil y siempre propone imágenes que resultan atractivas. Desde la forma en que podemos apreciar la diferencia espacial entre las calles de Buenos Aires, hasta las escenas eróticas que revelan el hipnotismo que envuelve al protagonista. Olguín crea una atmósfera oscura, fría en principio pero que, conforme avanza la trama, desemboca en una situación emocionante.